



LA TRIBU

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

DRONES

Me acuerdo en esta hora de amigos que no sabían qué hacer para echar a volar algo artesanal allá arriba, aunque fuera a la altura del tejado

El nombre está bien traído, porque viene del inglés «drone», que al parecer significa zángano. Ojalá no dejen de responder a su etimología, aunque los veamos por ahí zumbando, sin producir miel pero sin aguijón que pueda hacer daño. Que zanganee por esos aires y que sufra aquellas voces que algunos escuchábamos en la infancia, en la voz de nuestra madre: «¿Ahora vuelves de zanganear, que llevas todo el día zanganeando por ahí, so zángano...?» Como para no sentirse zángano entre el infinitivo, el gerundio y el sustantivo. Y lo malo es que aunque habíamos oído hablar de los zánganos, en verdad no sabíamos a ciencia cierta de qué animal se trataba, que las colmenas no son para meter la cabeza en ellas y preguntar entre tantos zumbidos quién es el zángano.

Drones. Nos esperan los drones. Vienen los drones. Este ABC se ha adelantado y ya oferta un drone a muy buen precio y pagado cómodamente, como anunciaban sus ofertas las tiendas de hace muchos años. Ya he pedido la cartilla... Será un éxito, seguro, cansados como estamos de esperar la venida de los platillos volantes, que los encuentros en la tercera fase sólo se han dado aquí en la tercera fase de algunas construcciones inmobiliarias. Drones. Los Reyes Magos vendrán cargados de drones, y, poco antes, el Ángel del Nacimiento, en vez de aparecer «suspendido» en un algodón como si fuera una nube, es posible que aparezca a la altura de la copa de un árbol, de pie sobre un drone, o revoloteando por todo el paisaje del Nacimiento, como si fuera un aéreo pregonero de la Nochebuena de las figuritas tradicionales. Si raro es el padre que no vuelve a ser niño con los juguetes de sus hijos, raro será el que haya tenido una infancia de panderos que al ver los drones no se compre uno o se lo compre a sus hijos, con tal de disfrutarlo. Aquellos niños que éramos capaces de pasarnos la tarde sosteniendo el hilo y, por ese hilo, mandándole «cartas» a la cabeza del pandero, hoy convertiríamos el aire de las tardes de marea, en las lomas más altas, en una invasión de perfil extraterrestre. Me acuerdo en esta hora de amigos que no sabían qué hacer para echar a volar algo artesanal allá arriba, aunque fuera a la altura del tejado, con un viejo sueño de amaestrador de pájaros. Me hago niño volando un pequeño helicóptero que me regalaron, y sé que, si tuviera un drone, aunque fuera a escondidas, me iría a los cerros que dominan la vega y echaría a volar el drone con una buena cámara de vídeo, para disfrutar después, en una cetrería mecánica, al ver las imágenes de la vega, del río, del tren, que sus «garras» hubiesen cazado para mí.

antonio@barbeito@gmail.com

TRIBUNA ABIERTA

HUYEN DE LA POBREZA

GUILLERMO
RODRÍGUEZ-
IZQUIERDOJesuita. Universidad Loyola
Andalucía

Lo que vemos es una mínima muestra, una punta de iceberg de la pobreza que afecta a una gran parte de la población de nuestro mundo

Las imágenes de migrantes y refugiados en camino hacia Europa golpean la sensibilidad de todos. La ONU pide a Europa que cree plazas para acoger a 200.000 refugiados. Se necesitan soluciones inmediatas, a corto plazo. El otoño ya está en puertas; las noches ya son frías. Los gobiernos movilizan barcos de salvamento, aviones, trenes, fuerzas de los ejércitos, voluntarios, mantas, ataúdes, distribución de agua y alimento; pero todos los medios quedan desbordados. Los países discuten cuotas y miden sus respuestas. Los particulares ofrecen ayuda.

La guerra en Siria ha hecho huir a esta multitud de personas, pero siguen viniendo también de otras procedencias, sobre todo de Libia y del África subsahariana. Hace ya años que todo esto sucede. El flujo crece. La raíz es siempre la pobreza. La situación de estas personas es extrema, como lo muestran las condiciones en las que arriesgan o pierden su vida. Alguien me contó que ayudaba aquí en España a un inmigrante que había conseguido atención médica pero no tenía medicinas. Le preguntó si no estaría mejor en su país. El inmigrante respondió que con su enfermedad en su país ya hace tiempo que estaría muerto.

Lo que vemos es una mínima muestra, una punta de iceberg de la pobreza que afecta a una gran parte de la población de nuestro mundo. Según datos de hace unos años, que no creo que hayan cambiado mucho, el 20% de la población del mundo dispone de más de un 80% de los ingresos totales, lo que conlleva que el otro 80% de la población mundial subsiste con menos del 20% de los ingresos. El 92% de los más pobres del mundo tiene ingresos equivalentes al 8% de los más ricos. Para los países con menos recursos eso se traduce en hambre, falta de escolarización y carencias de atención sanitaria. Distintas fuentes dan para la esperanza de vida en España entre 78 y 83 años; en Sierra Leona dan entre 41 y 56 años. Según el informe 2015 de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) el hambre en el mundo alcanza a unos 795 millones de personas. Hace unos días la foto de un niño muerto en una playa ha zamarreado las conciencias, pero la desnutrición infantil, según datos de la FAO de 2012,

provoca la muerte de más de 2,5 millones de niños cada año.

Esta situación no puede vivirse pacíficamente cuando las comunicaciones y la globalización hacen fluir la información. El cine americano y la coca cola llegan a todos los rincones. Se admiran desde la redondez del planeta juegos olímpicos y otros espectáculos mundiales. Un acceso más amplio a la educación felizmente lleva consigo una mayor conciencia de los derechos. Son mucho más ágiles los desplazamientos. La pobreza persiste y los factores que permitían que perviviese se debilitan. Es ilusorio pensar que muros y vallas con concertinas detendrán la presión para huir de la miseria.

Hay razones para justificarnos ante todo esto. La riqueza se consigue con esfuerzo. No pueden vivir otros del esfuerzo que hacen los países desarrollados para crear y mantener su estado del bienestar. La riqueza total no es constante; los países más pobres tienen que luchar y crear riqueza para sí mismos. La desigualdad en sí misma no es mala; genera dinámicas de superación. Los países tienen que controlar sus fronteras; es consecuencia lógica de la responsabilidad de los gobiernos sobre lo que sucede en sus territorios. Los países árabes ricos están más obligados a ayudar que nosotros. Antes de atender a los refugiados e inmigrantes

tenemos que atender a nuestros parados, a nuestros desahuciados.

El resultado de esas razones no puede adormecernos para dejar todo como está. Hay que confrontar la parte de verdad de cada una de estas afirmaciones con la realidad de quienes ahora desesperadamente buscan refugio y con la pobreza de quienes siguen sufriendo situaciones límite en sus países. No se pueden sacar conclusiones sin introducir estos datos en la consideración.

Es posible hacer que las situaciones mejoren. Según la FAO el número de personas hambrientas ha disminuido en 167 millones en los últimos diez años. No se han conseguido todos los objetivos

de mejora prefijados para la década de 2005 a 2015, pero ha habido progresos. Las mejoras hay que continuar trabajándolas; no se hacen solas ni se consiguen sin ayuda de unos a otros.

Lo que está pasando nos llama a informarnos mejor lo que hay, lo previsible, lo que se puede hacer. Tendemos a andar como las filas de patos, en las que cada uno solo ve cómo van los de delante. Nadie se conoce a sí mismo si no sabe dónde está, y sin saber cómo están otros no nos percatamos de cómo y dónde estamos. España es uno de los países ricos del mundo; algunos países son más ricos que nosotros y muchos son más pobres. La información sobre la pobreza y la desigualdad debe formar parte del acervo mental de cualquier persona cultivada y de los conocimientos que se transmiten en la escuela. Conocer nos hace más cultos, más responsables, más ciudadanos del mundo, y moviliza la generosidad personal e institucional para no dejar de ser guardianes de nuestros hermanos.

